

LA PRIMERA EDAD.



SUMARIO.

La compañera.—El pobre.—Las abejas.—Juanita y Mimi.—El tufo del carbon.—Los charlatanes.—Máximas.—Anuncio.

LA COMPAÑERA.

Juanito aún era muy joven cuando se vió comprometido en un lance bastante serio.

Era de noche y nuestro Juanito, á quien su madre creía acostado, hacía ya dos horas que habia salido furtivamente de su cuarto, y trataba nada ménos que de saltar por la pared medianera entre su casa y el jardinillo de un pobre hortelano.

Hé aquí una cosa muy mal hecha; Juanito engañaba á su madre, que tenía tal confianza en él, que despues de acostarle se bajaba á su cuarto sin echar la llave á la puerta del de su hijo; en fin, si quereis acabar de conocer cuán buena madre era, pensad en la vuestra, hijos míos, y así comprenderéis el delito que era engañarla; á pesar de esto, Juanito proyecta-

ba un crimen aún mayor que éste. No era sólo el anhelo de correr por el jardin en aquella hermosa noche de luna lo que le impelia á escaparse de su habitacion y bajar misteriosamente la escalera temblándole las rodillas y comprimiendo la respiracion, temiendo le sorprendiesen, sino el de robar las mejores peras de su vecino el hortelano, aquellas peras maduras á costa de tantas fatigas, y que el buen hombre contaba dos ó tres veces al dia, lleno de satisfaccion, como el producto de su mejor cosecha.

Ya de antemano habia procurado dejar una escalerita allí cerca, para poder subir mejor; cuando ya estaba á caballo sobre la pared y procuraba regocijado distinguir entre la oscuridad aquella deliciosa fruta, cuya venta calculada por el pobre hortelano debia asegurar pan negro á su familia por algun tiempo del año, oyó esta voz: «¿A

dónde vas?» pero con un tono que parecia decirle: «he adivinado tu designio, he espiado tus pasos y sé tus intenciones.»

Juanito se volvió atemorizado al oír aquella voz desconocida, pero al ver á su lado una niña, casi de su misma edad, se recobró y le dijo: «Chito, chiquilla, ayúdame á bajar y partiré contigo. — Yo no soy golosa ni ratera y no quiero tomar lo que no me pertenece. — ¡Oh! ¡si tú hubieras reparado como yo en lo hermosas que son las peras del hortelano!... — No debe haber fruta hermosa para tí más que la que tu madre te da. ¿Te rehusa ésta alguna cosa? Acaso echa la llave á la alacena donde están las peras de Don Guindo y los melocotones de Aragón? — Ya sé que en casa no tengo más que pedir una cosa para que me la den, pero mejores son las peras del hortelano que las que mi madre me puede dar, y es preciso pillarlas. — Esta pared es muy alta y te puedes caer. — Déjalo, quiero ensayar mi habilidad. — El hortelano puede estar en vela y se me figura que diviso su escopeta que te apunta por entre aquellas matas. — ¡Bah! yo no tengo miedo ninguno», y hablando así se esforzaba por bajar al jardín.

La jóven prosiguió: «escucha, Juanito, y luego ejecuta tu intencion si te atreves; mas ántes escúchame.» Y diciendo esto procuraba detener al niño que luchaba por desasirse de sus manos, admirado de que tan débil obstáculo pudiera detenerle tanto tiempo.

— «Vamos, esa palabra, replicó con impaciencia, dila pronto, porque ahora está durmiendo el hortelano y es la hora crítica de bajar á su huerta. — El hortelano duerme, más yo velo, respondió ella, y conformeme ves ahora á tulado me encontrarás mañana cuando despiertes, siempre pronta á echarte en cara tu mala accion, y despues, cuando vayas á dar los buenos dias á tu madre y abrazarla, yo estaré allí y haré de modo que te salgan los colores á la cara, y tengas que declararle tu falta, porque yo te obligaré á hablar. Entonces tu buena madre llorará y te alejará de sus brazos diciendo: «Soy infeliz; el hijo en quien tenía puesto todo mi cariño y al que educaba para mi consuelo y mi gloria, causa mi desesperacion y vergüenza, es un ladron.»

A medida que la jóven hablaba, Juanito atento á tan terrible amenaza se dejaba llevar por la niña, que le guiaba hácia casa. Pasó la

pierna del lado de adentro de la pared, y bajó uno á uno, los escalones, no sin dirigir una tiernísima y dolorosa ojeada á las deliciosas peras; pero así que las perdió de vista, su corazón experimentó un consuelo inexplicable. *Ella* le dijo: «Está muy bien, Juanito, estoy contenta contigo», y conduciéndole á su aposento, le añadió: «duerme bien, no tendrás sueños molestos, yo te lo prometo.» Él, al tiempo de quedarse dormido, le preguntó: «¿Nos volveremos á ver? — Siempre, Juanito, yo soy tu *compañera* por toda tu vida, yo te ayudaré en tus estudios, y haré aún más gratas tus diversiones; pero cuidado con que no dejes de consultarme ántes de emprender una mala acción cualquiera que sea.»

Juanito se durmió, y conforme la niña se lo había prometido, tuvo sueños muy alegres; recompensa que Dios envía á los niños que temen disgustar á sus padres. Al despertarse al otro día vió á su *compañera* á su lado, y se sonrió como para darle gracias por el consejo de la víspera. *Ella* le condujo á los brazos de su madre, á los que voló con alegría, aunque algo avergonzado del conato de robo; pero habiéndole dado á entender

su *compañera* que estaba satisfecha, recobró la tranquilidad perdida. Así todos los días, y á todas horas la encontraba junto á sí, pronta siempre á darle saludables consejos ó hacerle sábias advertencias.

Creía todo lo que le decia, y con justa razón, porque sea que la consultase aparte, ó que se aconsejase de su madre, siempre obtenía una respuesta igual. *Ella* vituperaba ó aprobaba lo mismo que la madre de Juanito aprobaba y vituperaba.

Algunos años se pasaron en esta confianza por una parte, y en estos buenos consejos por la otra. Presente á las lecciones y á los juegos de Juanito, *ella* era la primera en felicitarle por su aptitud para el estudio, y su voz era la que decidía las contiendas que se originaban entre él y sus compañeros. Se admiraban de que un niño de su edad pudiera aplicarse con tanto ardor al estudio, mostrando al mismo tiempo tanta resignación en las contrariedades, y era porque ignoraban la solicitud con que su *compañera* se desvelaba por sus progresos. *Ella* le amonestaba en secreto, y él se dejaba guiar.

Al cumplir Juanito diez y siete años tuvo que salir de su casa pa-

ra ir á estudiar á una de las universidades, en la que se enseña á los jóvenes el arte de defender los derechos de sus semejantes ante los tribunales instituidos para el descanso de la sociedad y el triunfo de la justicia. Juanito eligió la profesion de abogado, y recibiendo la bendicion maternal se puso en camino con un ligero equipo, porque su madre no era rica; pérdidas considerables que habia tenido despues de la muerte de su esposo reducian su patrimonio á una módica pension, y áun esta la sacrificaba casi entera á la educacion de su hijo. Su deber de madre era imponerse privaciones por dar carrera á su hijo: mas ¡qué deuda no contraen los niños con una madre que les facilita así cuanto posee! «Sí, sí, decia él á su amiga que le acompañaba á la universidad, estudiaré con ahinco; pasaré los dias y las noches trabajando para merecer recompensas y pagar á mi madre lo que ha hecho por mí. — Conserva siempre ese modo de pensar le respondia ella, y verás como la felicidad que prometes á tu madre redundará sobre tí.»

Cierto amigo de su casa habia dado á Juanito una carta de recomendacion para el catedrático de

la Universidad, de quien fué recibido cordialmente: en los primeros meses de su asistencia á la cátedra de Derecho mereció elogios por su buena conducta, sólo dejaba la clase para visitar las bibliotecas públicas donde las ciencias se ofrecen generosamente al que quiere adquirirlas; mas bien pronto su vida de estudios y paseos instructivos se cambió en vida de placer y de disipacion, en la clase no respondia á la lista, no concurría á los repasos particulares de sus condiscípulos, y su *compañera* ántes tan alegre, procuraba en vano hacerle escuchar el lenguaje de la razon. Juanito se habia hecho amigo de unos calaveras que le habian dicho: «El estudio abrevia la vida; los dias de la juventud deben pasarse en diversiones; lo que se llama deber no es más que una cadena que es preciso romper así que haya fuerzas para hacerlo; vente con nosotros que sabemos divertirnos, y á tu madre, á quien temes disgustar, la escribes cartas satisfactorias, que el mal no está en engañarla, sino en que ella lo descubra.»

Hé aquí como hablaban estos pérfidos amigos, cuyo ejemplo parecia tan dulce á Juanito: él, que despues de haber pasado el dia con

ellos cuando se hallaba solo, es decir, solo con *ella*, sufría pesares y remordimientos, mas así que se presentaba uno de aquellos calaveras que le perdían, *ella* tenía que callar y ocultarse. Juanito, á pesar de su cambio, se hubiera avergonzado como se avergonzaba antiguamente de una mala acción, si sus borrascosos camaradas le hubieran sorprendido en uno de sus combates con *ella*. Antiguamente estaba fresca y lozana, mas ahora ajábase por momentos; no hacía quince días que Juanito había entrado en la senda del desarreglo y ya estaba desconocida y sus facciones desfiguradas por el pesar, en términos que atemorizaba á Juanito, que en los intervalos de lo que él llamaba sus placeres procuraba acallar su voz; mas no sabía el culpable que estaba unida á él por toda la vida, y que, bien feliz por sus virtudes ó desgraciado por sus vicios, nada podía separarla en toda ella. Si estaba en su mano alejarse de ella algunas veces, no podía estorbar que se le volviese á presentar luego triste y llorosa, ni acallar aquella voz terrible que le echaba en cara sus faltas.

Hasta entónces Juanito, siguiendo los consejos de su madre, se ha-

bía alojado en un cuartito de la posada que le habían indicado. Esta soledad, donde siempre la encontraba á su vuelta de las diversiones, acabó por serle insoportable, y dijo á sus camaradas:— «Me voy con vosotros» creyendo que su *compañera* no le seguiría allí.

Su instalación fué un día de jarana para aquellas malas cabezas que le tenían sorbido el seso; pasaron una parte de la noche bebiendo y jugando, hasta que unos se quedaron dormidos sobre la mesa, otros sobre las sillas, Juanito se levantó para irse á la cama satisfecho de haber pasado un día sin reconvenciones de su *compañera*, cuando se le presentó entre los despojos de la fiesta, no con el rostro triste y lloroso de otras veces, sino colérica, y sobre sus vestidos desordenados y manchados de vino leyó estas palabras trazadas con caracteres de fuego: «Tu madre lo sabe todo», y cayó desvanecido.

Cuando volvió en sí se halló rodeado de sus amigos que procuraban animarle, por algunas palabras que se le habían escapado:— «Ríete de esas visiones, le decían, esto sucede al principio; mas cuando te hayas familiarizado con

nosotros, con las ideas de felicidad, no verás más que caras alegres; ten valor y confía en nuestra amistad.»

Juanito tenía necesidad de creerles y se dejó guiar por los que le prometían defenderle de los ataques de su fiel *compañera*, y lo hicieron tan bien, que en efecto no hizo apreciaciones de ella en el espacio de un año. ¿Cómo emplearon ellos este año? Permitidme echar un velo sobre sus crímenes; básteos saber que fueron tan enormes que los despidieron de la clase, y su pobre madre cayó enferma con la pesadumbre. La vida ruinosa que tenían los puso al fin en la precisión de procurarse dinero por medios abominables; uno de los compañeros de Juanito robó, otros contrajeron deudas que sabían muy bien que no podrían pagar; en fin se les señaló como vágabundos peligrosos, y las puertas de las cárceles se abrieron. Estaban tan endurecidos en el crimen, que se felicitaban de ir presos juntos para beber y jugar como lo hacían ántes; pero se engañaron mucho, pues los encerraron en calabozos separados.

Juanito estaba solo en el suyo, tendido sobre una estera, esperando le tomasen declaración, cuan-

do vió distintamente, á pesar de la lobreguez del sitio, una mujer destrozada con el cabello suelto y los ojos centellantes, presentarse ante su vista: «Yo soy, le dijo, yo he prometido seguirte á todas partes y ya ves que cumplo mi palabra; mírame bien, tú debes conocerme.»

Juanito se puso á temblar como un azogado, y los dientes le rechinaron con el terror, y con voz apocada la dijo: «¡Piedad! ¡Piedad! retírate — ¡Oh! replico *ella* con horrible sonrisa, quieres alejarme, más es imposible; el que me ha identificado contigo es fuerte y poderoso, y tus esfuerzos para desprenderte de mí son inútiles. Sométete á la desgracia que te has buscado, sométete al suplicio de escuchar mi conocida voz y mis sentidas quejas.....»

Entónces con un acento de trueno que resonaba sordamente en el dolorido corazón del azorado Juanito, su *compañera* comenzó á hacer relación circunstanciada de todos sus delitos uno por uno, obligándole á pasar revista á toda su vida de error y de disipación, y concluyó con estas palabras: «Tu madre lo sabe todo y va á morir...

— ¡Piedad! ¡Piedad! exclamó él de rodillas, escuálido y desfallecido, ocultando la cara con sus ma-

nos, y á pesar de esto viendo siempre fijos en él los fulminantes ojos de su *compañera*. Los últimos gritos que dió fueron tan penetrantes que llegaron á oídos del carcelero que acudió al instante.

«¿Qué es esto? ¿Qué te sucede, muchacho? dijo al abrir la puerta del calabozo; ¿Hay baile en tu gabinete? Pues puedes callar la música porque á mí no me gustan los conciertos á estas horas. — Por piedad, exclamó Juanito, echad á esta mujer, echadla de aquí. — ¿Una mujer? dijo el carcelero paseando la luz de la linterna por todo el calabozo; vaya, tu estás soñando, despierta. — ¿No la veis? ahí está, ¡que me mira, que me habla, que se estrecha á mí para no separarse jamas! — Bueno: ya sé yo lo que es, dijo friamente el carcelero; todos mis alojados tienen de estas visitas cuando se ven solos con sus crímenes.. esa de quien te quejas está destinada á vivir eternamente contigo, y seguirte al patíbulo si te llevan á él ó á volver contigo al mundo para ser tu verdugo insoportable, si los jueces te perdonan; esa mujer es tu *compañera* inseparable; esa mujer es *La inexorable conciencia*.»

El carcelero cerró la puerta;

Juanito ilustrado sobre la naturaleza de sus visiones, dejó hablar á su conciencia, lloró amargamente su vida pasada, y cuando se vió en el tribunal, confesó ingenuamente sus delitos, encomendándose á la clemencia de los jueces, y declarando las apariciones que le obligaban á aquella manifestacion ingénua y franca. Miéntas tanto, sus cómplices se hallaban cortados con una defensa descabellada y de mala fe.

Los jueces, conociendo el arrepentimiento que prometia volverle á la senda de la virtud, determinaron perdonarle é hicieron bien, porque su condena hubiera sin duda acarreado la muerte de su madre. Esta volvió á la vida á proporcion que su hijo recobraba sus primeros sentimientos, y habiéndose enmendado completamente continuó la honrosa carrera que habia emprendido, y á fuerza de desvelos y tareas volvió á su *compañera* la primitiva lozanía y frescura que ostentaba cuando le decia con su voz armoniosa «Estoy contenta contigo.»

J. M. B.



La niña curiosa y atrevida.

EL POBRE.

Teodorito era un hermoso niño que hacía la felicidad de sus padres por su docilidad y por sus progresos en la escuela. Nunca había merecido castigo: le gustaba el juego, pero le gustaban todavía más los estudios, y se le citaba con frecuencia como un modelo digno de ser imitado. Á pesar de esta superioridad todos sus camaradas le querían, porque lo que le distinguía sobre todo era la bondad de su corazón.

Una mañana se dirigía á la escuela llevando su comida en una cestita, y encontró á un pobre viejo que sufría mucho al parecer. Sentado al pié de un sauce, se hallaba absorto en sus tristes pensamientos. La aproximación de Teodoro le hizo levantar los ojos, que estaban humedecidos por las lágrimas que acababa de verter. El niño se detuvo y le miró con aire compasivo, hasta que el viejo, apercibiendo en su fisonomía el carácter de la bondad y la expresión de la piedad: «Amiguito mío, le dijo, dadme una limosna, porque tengo mucha necesidad; es una obra que Dios recompensará, y se-

rá empezar bien el día, pues esta buena obra os hará feliz. — Yo no tengo dinero; mi mamá no me lo da, porque acostumbro á perderlo. — No he comido nada en todo el día de ayer. — ¡Ah, Dios mío, dijo Teodoro, cuánta hambre debeis tener!» Y en el mismo instante abrió su cesta: «Tomad, tomad, buen viejo; hé aquí mi comida; os la doy de muy buena voluntad.» Y al decir esto, Teodoro vació su cesta. «¿Pero cómo vais á estar hasta la noche, mi querido niño? añadió el viejo. — No penseis en eso; he bebido leche esta mañana; además, esto me causa un placer, y vos no rehusaréis lo que os ofrezco. — ¡Que el cielo os bendiga y os recompense, niño mío! Algun día llegaréis á ser dichoso, sin duda alguna; con un corazón como el vuestro no se puede rehusar. Pero no debo aceptarlo todo; vos tendréis hambre más tarde, y esto no es justo; puesto que sois tan bondadoso que venís en mi socorro, partamos; lo poco que coma me dará fuerza para llegar á la granja del pueblo. — Pues bien, dijo Teodoro, para daros gusto, dadme la manzana y guardad el resto. ¿Estais así contento? — Amable niño, ¡cuán dichosa debe ser vuestra madre!»

Teodoro, apercibiendo desde lejos á uno de sus camaradas, se apresuró á abandonar al viejo, porque era tan modesto como bueno, y no habia hecho aquella buena obra para que se supiese. «Adios, adios, buen anciano, le dijo alejándose; si mañana á la misma hora estais aquí, os daré otro tanto.» Alejóse el niño, y el pobre le siguió con los ojos hasta la puerta de la escuela.

Á la hora del recreo, ¡cuáles fueron el asombro y el embarazo de Teodoro al ver entrar al viejo en el patio y dirigirse á hablar á su profesor! Bien pronto se marcó el silencio entre los niños, porque la vista de un extraño era evidentemente la que atraía la atencion general. «El permiso que os pido, dijo el viejo, no os debe disgustar; lo que quiero deciros redundará en provecho de la educacion, y ademas os ruego esteis presente en la conversacion. Podréis juzgar por vos mismo de la utilidad de mis palabras, é imponerme silencio si una sola de ellas os desagrade.» Con esta condicion el profesor le concedió el permiso que pedia; el viejo fué á sentarse á la sombra, y bien pronto se vió rodeado de niños que formaron en torno suyo en círculo. Los miró

atentamente, se encontró con los ojos de Teodoro, que los tenía bajos, sonrió ligeramente, y comenzó en estos términos:

«Mi visita os sorprende, hijos míos, y voy á deciros lo que la motiva. Esta mañana, cuando veniais á la escuela estaba sentado bajo el sauce que hay á la entrada del pueblo. Me hallaba muy cansado, y no tenía fuerzas para andar más, porque en todo el dia de ayer habia comido. Uno de vosotros, habiéndome visto, tuvo piedad de mi miseria y me dió generosamente lo que llevaba en su cesta. Esta limosna ha conmovido vivamente mi corazon. Aun más que el valor real del dón que recibimos vale la bondad consoladora del que lo da, sobre todo cuando con ello se impone una privacion. Un tesoro precioso no vale ménos que esa comida modesta de vuestro camarada, que se condenaba por mí á no comer hasta la noche. No le nombro porque sé que le disgustaria, pues quiere hacer el bien por su propia satisfaccion, y no para decirlo y hacer gala de ello. El motivo que me trae es éste: yo le recibido esta mañana una generosa limosna de uno de vosotros; vengo á darle en cambio, vengo á daros á todos vosotros las únicas

cosas que puedo dar, buenos consejos, y sobre todo un ejemplo vivo de los tristes resultados de una mala educacion. Vengo á contaros mi historia.

»Soy pobre, y hoy dia que los achaques de la vejez me impiden proporcionarme los medios de trabajar y de ganar la vida, ésta me es muy penosa, y todo por culpa mia. ¡Dios os preserve de seguir mi ejemplo! Cuando era jóven no pensaba en el porvenir, y hoy dia sufro las consecuencias de mi imprevision. Mi educacion ha sido tan mala, que todos los dias he llorado mi ignorancia, y aún lloro con lágrimas bien amargas los malos principios que he recibido. Habiendo perdido muy jóven á mis padres, fuí educado por una prima de mi madre que quiso encargarse de mí, con la condicion de que guardaria su vaca en el campo. Aquella mujer me maltrataba todos los dias, apenas me daba de comer, y no me dejaba ir á la escuela más que durante el invierno. Puede, sin embargo, que hubiera podido crearme otro porvenir si hubiera tenido mejores ejemplos á la vista; pero aquella mujer era conocida por su mala conducta; no tenía religion ni probidad, y la importaba muy poco engañar al

prójimo si aumentaba su dinero. Era avarienta y ruin, de modo que se la temia en todo el pueblo. Educado por tal mujer, el niño debia necesariamente perderse. Algunas veces, sin embargo, estaba avergonzado de lo que se permitia. En los primeros meses que estuve con ella me dió una respuesta que todavía recuerdo como si ahora me la acabára de dar: estábamos los dos en el campo, y ella paseaba su vaca por el camino á lo largo de un campo próximo á ser segado; la tenía sujeta con su cordel para impedirla que fuese á la pradera. Noté que si bien la vaca tenía las cuatro patas en el camino, su cabeza estaba perfectamente colocada en la hierba de otro, dándole esto mucha alegría. Se lo advertí al instante á mi prima.—Observad, la dije, que la vaca está comiendo alfalfa.—Imbécil, me respondió, nadie nos ve, y por consiguiente, nadie lo sabrá.

»De modo que ella no respetaba la propiedad ajena más que cuando temia ser castigada; pero el mal en sí la importaba poco con tal de que no se supiese. De todos los malos principios que he recibido de aquella ruin mujer, éste era el más perjudicial, y es desdichadamente todavía muy habitual en

los campos. No hay escrúpulo alguno en tomar clandestinamente lo que pertenece á otro, y perjudicar al vecino es casi un goce. Le pisan sus campos, se deja comer en ellos á los animales, se cogen sus uvas, se roban sus nueces; poco importa el daño que se cause, con tal de que se oculte. Ya veréis, hijos míos, adonde puede conducir este menosprecio á la propiedad ajena; ya lo veréis en la continuación de mi historia. Vuestro profesor me hace señal de que es la hora de clase; mañana volveré á la del recreo. He encontrado en vuestro pueblo un trabajo que todavía puedo hacer; quien me ha socorrido esta mañana me ha dado la felicidad, pues he hallado un buen arrendatario, á quien todos conocéis, el cual me ha acogido y procurado un trabajo apropiado á mis años y á mis fuerzas. Hasta mañana, amigos míos, que volveré á a misma hora. »

Al día siguiente, todos los niños de la escuela esperaban con impaciencia la hora del recreo; llegó, por fin, y nuestro buen viejo continuó su historia en los siguientes términos:

«No falto nunca á mi palabra,

amigos míos, ayer os prometí volver á la misma hora, y aquí me teneis dispuesto á contaros el fin de mi triste historia.

»No habréis olvidado que mi educación ha estado muy descuidada. ¡Ah, amigos míos! emplead bien el tiempo en vuestra juventud, y no me imiteis, porque seréis muy desgraciados. Quedándome en la más triste ignorancia, no recibiendo más que malos consejos ni viendo otra cosa que dañosos ejemplos, fui bien pronto el hombre más perverso del pueblo. Nada había para mí sagrado; ningún sentimiento de honor ni de probidad podía germinar en mi alma, y me despojé de todo pudor. Todas las personas honradas eran mis enemigos, y fué un día de placer en el pueblo cuando llegó el momento en que caí soldado. ¿Qué podía hacer? Nada sabía; jamás había querido someterme á las obligaciones de un aprendizaje; el manejo del sable y del fusil era lo único que podía aprender todavía. Pero si al ménos hubiese sido un buen soldado, la honrosa carrera de las armas me hubiera podido ofrecer quizás un porvenir. ¡Mas ah! debo confesarlo; desplegué en mi regimiento la misma pereza y los mismos vicios que

habian corrompido mi juventud; ningun adelanto hubo posible para mí; al contrario, se me conoció al momento. Los primeros castigos que me dieron no eran á mis ojos más que bagatelas; la sala de disciplina, los arrestos, ¿podian acaso corregir á un hombre vil é incorregible? Me burlé de esto y continué en el mismo camino que habia emprendido con una especie de encarnizamiento. Bien pronto mis faltas fueron graves; ya lo sabeis, no tenía respeto alguno á la propiedad ajena; la necesidad de satisfacer mis pasiones me arrastraba al más afrentoso precipicio. Estremeceos, hijos míos, y sabed que fuí deshonrado por un robo. No tendréis piedad de mí, me aborreceréis; lo merezco; merezco todas las desgracias que vengán á acabar mis dias.

»Fuí juzgado, condenado, y la estancia en la prisión me perdió completamente. Una destreza infernal y una fuerza extraordinaria me procuraron los medios de evadirme; pero estaba en el camino del crimen y no podia retroceder. Formé parte de una compañía de facinerosos, y durante muchos años mi vida fué notable por los excesos, las abominaciones y los crímenes. Debía llevar mi cabeza

á la horca ó ir á morir de miseria al fondo de un rio, cuando Dios, en fin, que es tan bueno, tuvo piedad de mí.

»Me habia introducido durante la noche en la iglesia de un pueblo, donde habia llegado por la mañana y el que debia abandonar aquella misma noche, despues de haber llevado á cabo el proyecto que tenía formado. No queria, es verdad, atentar sin necesidad á la vida del santo hombre que la habitaba; sólo el oro de que le creia poseedor habia excitado mi codicia. Habia penetrado en la habitacion donde suponia encontrar cuantas cosas preciosas poseia; iba á abrir un cajon de su mesa, cuando me sentí cogido por el brazo. Me volví con intencion de salvar mi vida hiriendo á mi enemigo, pues iba siempre armado; pero á la primer mirada que dirigí sobre la venerable cabeza del sacerdote, me quedé como petrificado, y no me fué posible hacer ningun movimiento. — «Desgraciado, gritó, ¿qué vas á hacer? ¡Dios te ve!»

»El efecto que estas palabras produjeron en mi alma fué tan pronto como extraordinario. Aquella voz del hombre virtuoso, aquel grito de la piedad, aquel sagrado nombre de Dios pronunciado con

aquella calma ante un puñal pronto á herir, cambiaron repentinamente mi sér. El arma se escapó de mis manos, mis rodillas se doblaron, sentí por la primera vez en mi vida correr las lágrimas, y cayendo á los piés del anciano, mis labios pronunciaron, temblando, una palabra de perdon. — «Hijo mio, me dijo el buen sacerdote; Dios perdona á los que se arrepienten, cobrad ánimo.» Me hizo levantar, y mis sollozos se redoblaron. — «Vos no estais aún perdido del todo, añadió, y vuestra accion criminal bien puede ser la última! ¡Ah, acaso pueda yo ayudaros á salir del abismo! Decidme, decidme, qué os ha conducido al camino del crimen; abridme vuestro corazon; en mí encontraréis un amigo, un padre, un salvador.» Alentado por el tono tan conmovedor que daba á sus palabras, le conté toda mi historia, toda; tuve tanto ánimo, y me sentí aliviado.

»El buen anciano me consoló, alabó mi arrepentimiento, y me hizo esperar el perdon de mis culpas. Hubiera podido perderme, y sin embargo, prefirió salvarme, y llenó el colmo de su generosidad conservándome en su casa. ¡Ah! el reconocimiento fué el primer sen-

timiento generoso que penetró en mi alma, ántes tan rebelde, y este dulce sentimiento comenzó mi regeneracion. Le amé sinceramente y le serví con una abnegacion sin límites; pero, ¡ah! yo no era digno de tan gran honor; aquel santo hombre tenía mucha edad, y apenas hacía dos meses que me encontraba baja su tutela, cuando murió repentinamente entre mis brazos, dejándome sumido en el más vivo dolor, y abandonado de nuevo á todos los horrores de la miseria. Sus palabras, sin embargo, no habian sido perdidas, y habian producido en mí un cambio completo. Desarraigados completamente los pensamientos criminales, las malas pasiones, el valor se habia apoderado de mi alma y habia jurado sobre la tumba de mi bienhechor que no desmentiría nunca la opinion tan favorable y tan generosa que de mí habia concebido, á pesar de mis faltas. Sin embargo, no poseia ningun talento, no conocia ningun oficio, y ya me resentia de los primeros achaques de la vejez; pero en todas partes se encuentra trabajo cuando se quiere trabajar con ardor, é inmediatamente, en la ciudad próxima, fui conocido por el sirviente más laborioso y más honrado. Viví

dichoso algunos años, mientras las fuerzas no me abandonaron. Cuando mi cuerpo débil se negó al trabajo, soporté las privaciones con ánimo y resignación; había malgastado los años de mi juventud, y no merecía, por lo tanto, que mis últimos días fuesen felices. Los trabajos de la ciudad se fueron haciendo cada vez más rudos para mi debilidad, creí que era un castigo; cualquier alma generosa consentiría confiarme un cargo que exigiese más asiduidad que fuerza. Era una inspiración del cielo, y Dios me ha conducido á casa

del honrado labrador que me ha asegurado un salario para mis últimos años. Dudaba del éxito del paso que me proponía dar cerca de él, cuando encontré al hermoso niño que tan generosamente me ofreció su pequeña provisión y llegó á mí con tanta bondad que reanimó mi espíritu; porque cuando los niños son buenos, los padres no pueden ser insensibles.»

Y al terminar estas palabras, el anciano buscó con sus miradas las del buen Teodoro, que, avergonzado, se ocultaba detrás de sus compañeros de colegio.





La mano , señor cura.



Ad Goubaud & Fils Ed^{rs} Paris

LA PRIMERA EDAD — NIÑEZ ILUSTRADA
MADRID — *Administración de los Niños*

Ayuntamiento de Madrid



BIBLIOTECA
MUNICIPAL
MADRID



Con esta invencion de los paraguas ya no se puede tener pereza para ir al colegio los dias que llueve.

LAS ABEJAS.

Es un espectáculo que merece nuestra admiracion el que nos presentan esos pequeños insectos alados, cuya historia es la más bella leccion que los hombres pueden recibir. Este animal tan débil, tan raquítico, que al menor accidente se abate, como por ejemplo, una lluvia muy fuerte, un frio demasiado vivo, nos da el ejemplo de la vida más laboriosa y más agitada, de una constancia infatigable y de una actividad incansable. En la habitacion que el hombre le prepara, no para ayudar sus trabajos, sino para servirse más cómodamente de las riquezas que su industria acumula, ¡qué movimiento se observa! ¡qué orden tan perfecto! ¡qué instinto tan sorprendente, aún más que la ciencia de que los hombres están tan orgullosos!

La abeja cambia tres veces de forma. A su salida del huevo, es un gusano sin piés, blanco, y con arrugas circulares. Se ignora si este gusano cambia de piel como las larvas de otros insectos. Le nutren las abejas que tienen esta principal funcion y que le prodigan

cuidados maternales. Crece rápidamente sin abandonar la pequeña habitacion donde ha nacido; á los seis dias de existencia, hila sobre las paredes un capullo, tardando en esta operacion treinta y seis horas; tres dias despues el gusano se cambia en ninfa y queda inmóvil y como entumecido durante ocho dias; entónces tiene lugar la última metamórfosis; el animal toma alas y se convierte en una mosca ágil, que ya no conoce el reposo. Desde el primer instante les es inspirado el trabajo, pues para salir de su morada es preciso que se orade la casa, por medio de la cual le ha encerrado la madre.

Los trabajos del panal están divididos, y todas las abejas toman en él una parte activa. Las unas toman vuelo desde por la mañana y van léjos á picar en los campos; dan vueltas sobre la corola de las flores; el polvo amarillo que encierran se adhiere al cuerpo velludo de la abeja que, con dos especies de cepillos que tiene en las patas, la recoge en pelotones y la deposita en una pequeña cesta ó cavidad que tiene á cada uno de los lados de las patas posteriores. Extrae en seguida el jugo de la flor, ese líquido azucarado que lle-

va al panal y que arroja en las células, donde hay unas abejas destinadas á recibir el consumo diario y otras la provision que debe quedar en reserva. Las que no van al campo no quedan ociosas; se ocupan en diversos trabajos de la casa, cuidan las larvas, construyen los panales, limpian toda la habitacion, sirven con solicitud á la madre, que llamamos la reina, cierran herméticamente las células ó alvéolos que están llenos de miel á fin de preservarlas del contacto del aire.

Una buena colmena contiene más de quince mil abejas, entre las cuales se distinguen de doscientas á ochocientas un poco más gruesas, que son los machos. Estos tienen la cabeza más redondeada, el cuerpo más cilíndrico, y están desprovistos de aguijón. Estos machos, que tambien se llaman *zánganos*, son holgazanes que comen la miel recogida por las obreras, sin ayudarlas en nada en su trabajo. Así, hácia el mes de Julio, toda la colonia de trabajadores se subleva contra ellos y los mata sin piedad. Una abeja más larga, más gruesa, es el objeto del respeto, de los cuidados, se podría decir de las adulaciones del pueblo entero.

Esta es la reina, la madre comun; ella sola pone los huevos. Los trabajadores la siguen, la acarician y la sirven la miel más pura. Para esta privilegiada es para quien se trabaja; ella es la que inspira el ánimo, la alegría, la dicha. Cuando muere cesa todo trabajo, cesa todo movimiento, la frialdad penetra en la ciudad y reina un silencio sepulcral; todo el mundo está desanimado y todo sería destruído, todo muerto, si no apareciese una nueva reina. Las amas, tan pronto como tienen la noticia de su muerte, ensanchan las células de las larvas nacidas y que tienen más de tres dias; en lugar del alimento ligero que les dan, las sirven la papilla real, que cambia su naturaleza, las desarrolla pronto y las da las cualidades que debe tener la reina. Bien pronto aparecen muchas, y al instante por todas partes reina la alegría, el decaimiento deja lugar á una nueva actividad, las trabajadoras vuelven á emprender su tarea, y el aire se puebla de viajeras que parecen querer recuperar el tiempo perdido.

Todas las desdichas, sin embargo, no han cesado; la ausencia de la reina habia producido un desaliento general; la presencia de

muchas rivales motiva la guerra. Las reinas libran un combate terrible y es preciso que las más débiles perezcan. Todo el pueblo está en espera; pero tan pronto como se declara la victoria, la reina victoriosa es saludada recibiendo toda clase de homenajes. El orden renace en el momento.

Una parte de los jugos que toma la abeja del seno de las flores lo convierte en cera. Esta sustancia se forma en listones alrededor de los anillos de su vientre. El insecto la trabaja en seguida con sus patas y se fabrican los alvéolos de seis panales construidos con un arte y una economía admirables. Mucho más se podría decir de las abejas acerca de su educación, enfermedades, etc., pero estas cuestiones importantes no deben tratarse á la ligera y existen libros excelentes sobre estas materias, que deben colocarse en manos de todos.

Añadamos algunas palabras sobre la picadura de este insecto, que no es malo, pero que está armado de un aguijón cuya herida causa un vivo dolor y ocasiona una inflamación fuerte. La abeja no pica sino cuando se la hostiga. No la atormentéis, hijos míos, no la ataqueis, y estad seguros de

que no piensa en haceros daño alguno; más si tratáis de incitarla, se precipitará sobre vosotros con furor. Su aguijón está compuesto de filetes sumamente aguzados y encerrados en una especie de estuche; estos filetes están guarnecidos en la extremidad por diez ó doce dientes que tienen la punta hacia abajo, é impiden salir al aguijón, y la abeja, agitándose, abandona su arma al herir, y muere víctima de su coraje. Los animales pequeños á quienes pica, mueren; el hombre mismo no podría soportar el ataque simultáneo de gran número de estos insectos tan delicados. El agua salada, el agua del mar es el remedio más sencillo y también el más eficaz, pero la más segura precaución que hay que tomar es sacar previamente el aguijón. Con el agua de cal y el álcali se detiene la inflamación y se hace cesar el dolor.

JUANITA Y MIMÍ.

Difícilmente se borrarán de la memoria los tristes días del invierno del año 1870 en París. ¡Qué aspecto tan lúgubre y desolador presentaba entónces la ex-impe-

rial villa! La poblacion estaba sitiada desde hacia más de tres meses; la esperanza se amortiguaba de dia en dia; la miseria llegaba á su colmo. Cada cual contribuia con su presencia de ánimo á llevar su parte de sufrimiento. Pero ¡qué triste situacion! ¡qué lúgubremente resonaba el estampido del cañon! Las deserciones continuaban de dia en dia, y no obstante, el vecindario de París era digno de admiracion por el valor que demostraba.

Salí una mañana tratando de resolver el problema, casi insoluble entónces, de hallar el alimento necesario para el dia, cuando distinguí una niña de siete á ocho años que me hizo una reverencia dándome los buenos dias de una manera amistosa. Reconocí en su fisonomía á una de las alumnas que más me habian chocado en el asilo de San Pedro, pero la pobrecita estaba muy cambiada; su rostro, tan fresco ántes y alegre, estaba enflaquecido y descompuesto por el frio. Se hallaba en aquellos momentos entre la inmensa multitud que todas las mañanas se apostaba en las puertas de los establecimientos donde se les distribuian los víveres.

Esperaba hacia ya mucho tiem-

po, y aún se encontraba muy distante del despacho.

Hícela una señal amistosa; en su rostro brilló un resplandor de alegría, la recordé los felices dias del pasado año, las fiestas del colegio, la Noche-Buena con sus regalitos, el dia de año nuevo con sus dulces.

Pero en aquel triste año, los mejores dias de fiesta debian, por un contraste sensible, pasarse más dolorosamente aún que los anteriores.

El asilo de San Pedro se habia trasformado en hospital de sangre. En vez de los alegres gritos de los niños, oíanse lastimeros ayes arrancados por el dolor. La directora se habia convertido en enfermera; trataba de dulcificar la triste suerte de los pobres heridos, alentándoles con la esperanza de volver á ver su país, su familia; muchos debieron á esto su curacion, puesto que la fuerza moral que sabía comunicarles secundaba los esfuerzos de la ciencia.

Un dia que fui á visitar el hospital, hablé á la directora del encuentro que habia tenido con su pequeña discípula Juanita.

Con este motivo me contó una historia tan conmovedora de aquella niña, que, aún cuando muy im-

presionado, trataré de narrar con toda la grandeza de su sencillez, la fe y el valor de una niña de ocho años.

Desde el momento en que la vida se hizo tan trabajosa, Juanita ayudó á su madre con mucho más ardor é interes; multiplicóse tanto más cuanto que la familia se habia aumentado con un niño. Esta complicacion, en circunstancias tan apuradas, léjos de desanimarla la dió nuevas fuerzas, llegando á ser su hermanito el objeto de una vivísima ternura; su madre tenía delicada su salud y soportaba con dificultad las privaciones sin número que durante el sitio se impusieron á los habitantes de París.

Juanita se levantaba ántes de ser de día, durante las frias mañanas del invierno; jamas volvia sin traer la escasa racion destinada á la familia; cada vez era más difícil, pero sus esfuerzos crecian ante los obstáculos. Su alegría animaba á toda la casa, las canciones del asilo servian para arrullar al hermanito, y durante este tiempo de sosiego la madre reponia sus fuerzas.

Un dia que hacía un tiempo horroroso, Juanita estuvo fuera mucho más tiempo de lo acostumbrado: habia salido ántes de las

siete de la mañana, y aún no habia vuelto á mediodia.

Su madre comenzó á inquietarse á causa de la mala noche que habia pasado el pequeño, y haber notado que casi no tenía leche á consecuencia de la mala y escasa alimentacion.

Al volver Juanita, sumamente causada y llena de frio, pero llena de alegría por traer la racion cotidiana, vió que su madre trataba de acallar á la criatura con una poca de agua azucarada; el niño lloraba y sus lamentos desgarraban el corazon de la pobre mujer, puesto que ya no podia darle la débil sustancia que durante tres meses sostenia tan débil naturaleza.

Al ver Juanita la nueva desgracia que les amenazaba, comenzó tambien á llorar; pero su hermanito se agravaba más y más, viéndose obligada á ir á buscar al médico. Vino por la noche, y declaró que el niño no podia vivir sino bebiendo leche; puesto que la de la madre era insuficiente, era preciso procurársela á todo trance.

Mas, ¿dónde hallarla? y ¿cómo podria hacerse con dinero suficiente para tal gasto?

La pobre familia vivia del jornal del marido, y gracias á los mil

recursos que la caridad inventó en aquellos momentos de prueba.

Juanita habia oido decir que en algunas vaquerías vendian secretamente el producto de algunas vacas que habian podido conservar, pero á un precio exorbitante.

Sin embargo, la idea de ver perecer á su hermanito que la sonreia, y que se hallaba tan bueno dias ántes, no la permitia dormirse. Estas tristes reflexiones la tenian desvelada, puesto que ella carecia ya de esa dichosa desocupacion de la infancia; la carga de la vida pesaba desde hacía tiempo sobre su tierna cabeza; la manta la tenía arrollada sobre las espaldas, mas no porque tuviese frio.

Casi dormida se hallaba ya Juanita, á pesar de sus penas, cuando de pronto Mimi, el gato familiar de la casa, saltó sobre su lecho y se colocó encima de su ropa, manifestando en seguida su satisfaccion por un *ron-ron* sonoro.

Tambien el pobre gato era desgraciado; apenas comia y estaba muy flaco desde hacía tiempo.

Como quiera que su jóven amiga lo habia criado y que con frecuencia le solia dar parte de su almuerzo y de la comida, la demostraba mucho cariño. Cuando Juanita

volvía del asilo ó de algun recado, Mimi, que la esperaba, demostraba su alegría, levantando el lomo y restregándose contra el vestido de la niña, sin dejarla hasta que recibia una caricia.

«¡Pobre Mimi! se decia la niña al pasar su mano sobre el lomo del gato; pronto se morirá de hambre puesto que no quiere comer más que carne.

» Mi hermanito le hace falta leche, y no tenemos dinero! »

Una idea suprema asalta la mente de la niña, pero este pensamiento es sin duda muy cruel, puesto que se la deslizan algunas lágrimas.

Sin embargo, la esperanza de aliviar y quizá salvar á su hermanito, la hacen ser superior á su pena.

Recuerda haber oido decir que los gatos se venden muy caros á personas que los comen, ocurriéndosele ir á vender el suyo, á fin de comprar leche para su querido enfermito.

Al dia siguiente despertóse llena de pesar, pues habia tenido ensueños muy tristes que turbaron su reposo.

Su hermanito iba de mal en peor, habia pasado llorando la mayor parte de la noche: el sacri-

ficio de Mimí era más que nunca necesario.

Cogió una cesta, en cuyo fondo arregló una camita para su pobre gato, colocóle con mucho cuidado abrazóle aún otra vez, no sin deramar algunas lágrimas, saliendo despues sin hacer ruido para no despertar á su madre y su hermano que se habian quedado dormidos.

Estaba amaneciendo; el tiempo sombrío, las aceras heladas, el frío penetrante; la pobre niña, cuya tristeza aumentaba su crítica situación, estaba todá temblorosa. Encaminóse, no obstante, al mercado. ¡Qué aspecto ofrecia entonces aquel gran mercado ordinariamente tan bullicioso, tan animado cuando todo abunda en París, cuando los caminos de hierro traen de bien léjos los productos de las provincias, cuando los alrededores abastecen con tanta abundancia de frutas y hortalizas! Y entonces todo desierto, cerradas las tiendas, y algun que otro comerciante ofrece alimentos cuyo origen no se puede reconocer y cuya especie sería muy difícil decir.

Nuestra animosa amiguita llega al mercado, se sienta en el rincón de una tienda cerrada, y colocando su cesta delante de ella, es-

pera; teme, pero también espera. Muchas personas se acercan á su lado para ver lo que vende, pero aléjanse, las unas disgustadas, las otras con lástima, puesto que no comprenden el hermoso sentimiento que guía á la niña, y aquella acción les parece casi bárbara. Por último, un cocinero se acerca á ella, y cogiendo brutalmente al gato por la piel del cuello, le obliga á dar un lastimero aullido, arrojándole despues á la cesta, diciendo:

—¿Cuánto quieres por tu gato? está muy flaco y hará un mal gui-sado.

—Veinte francos señor, balbuceó Juanita entrecortada y mirando al cocinero con su gran cuchillo, como si fuese el Ogro del cuento.

—Te doy diez francos y estás bien pagado, puesto que no tiene más que la piel y los huesos; debias de haberle engordado un poco ántes de venderle.

Mimí se habia refugiado sobre las rodillas de su dueña que le estrechaba en sus brazos como para librarle de la suerte que le esperaba.

«Si le vendo, dijo Juana, es porque no podemos mantenerle y porque necesitamos dinero para cuidar á mi hermanito que está enfermo».

Algunas personas se habian agrupado alrededor de la niña: ¡estaba tan interesante Juanita con su carita llena de tristeza!

Impresionó de tal modo su desgracia á los concurrentes, que escitó muy particularmente la compasion de una buena mujer que la dijo:

«Te ofrezco quince francos por el gato, pero tengo que principiar por engordarle un poco; tranquilízate, pues en último caso áun vivirá algunos dias».

Juana dió al momento á Mimi á aquella mujer, cuyo aspecto le gustaba mucho más que el del cocinero.

Despues, al alejarse, deshecha en llanto, guardóse con mucho cuidado las tres monedas de cinco francos que debian quizás devolver la salud á su hermano.

Eran más de las nueve de la mañana cuando volvió á su casa. Despues de haber contado á su madre el resultado de su excursion matinal, la hizo entrega del precioso metal que debia servir tan sólo para comprar leche al enfermito.

La animosa niña sólo se entretuvo algunos minutos para tomar un poco de alimento, puesto que tenia que ir lejos, muy lejos, para

poder traer leche tan escasa y tan necesaria. Provista de una cantarrilla de hoja de lata, y despues de una hora larga de camino, llegó por último á un barrio retirado, donde se hallan algunas vaquerías esparcidas en medio de extensas huertas.

Algunos aldeanos que habitaban por aquellos sitios conservaban aún algunas vacas, vendiendo á un precio elevado la poca leche que daban. Juanita llegó por último al sitio cuyas señas habia pedido. Pero cuánta fué su sorpresa y su decaimiento al hallarse con una inmensa multitud que estaba allí esperando con el mismo objeto! Mas su pequeña é interesante figura tan triste y su rostro expresando el cansancio, llamaron la atencion de un guardia municipal, colocado allí para mantener el orden y que áun cuando habituado á ver infinidad de lástimas, chocóle tanto la pena de la niña que se decidió á protegerla.

Pero esto era difícil, puesto que los que estaban allí esperaban hacia largo rato y ninguno cederia su puesto; era, por lo tanto, inútil tratar de pedirlo.

Dirigióse á la niña y con agria voz la dijo:

«Pero, tontuela, ¿has dejado

pasar tu turno? pues desde que llegaste ya has tenido tiempo de que te despachasen».

Y agarrándola bruscamente de un brazo, la colocó de las primeras. Algunas voces se elevaron protestando contra lo hecho, pero les impuso silencio, agradeciendo Juanita este rasgo de su protector con una mirada tan expresiva que el buen hombre se vió obligado á volver la cabeza para ocultar la emocion.

Al cabo de un cuarto de hora, la vaquera sirvió á Juanita un litro de leche espumosa y todavía caliente. Tomó rápidamente el camino de la modesta habitacion; estaba tan fatigada que sus piés, llenos de ampollas, apenas podian sostenerla; por último llegó á casa de su madre. Al instante el querido enfermito bebió con avidez el brevaie regenerador que le daban, y Juanita fué tan dichosa que casi no sentia el cansancio de su larga caminata de tantas horas.

Cada dos dias, nuestra niña, iba á las cinco de la mañana para obtener un poco de leche.

Esto duró por espacio de dos semanas, viéndose mejorar de dia en dia al pequeñuelo.

Cuando se concluyó el dinero, el niño estaba bastante bien para po-

der soportar una alimentacion menos nutritiva.

Despues, como todo tiene término, y los grandes males no son eternos, las puertas de París se abrieron, los alimentos llegaban con abundancia, las provincias y aún los países extranjeros, admirados de tantos sufrimientos tan valerosamente soportados, enviaron con toda prontitud socorros.

La poblacion de París no ha olvidado estos generosos rasgos, que tanto la afectaron.

He vuelto á ver á Juanita en el Asilo de San Pedro; su rostro tiene los colores propios de una buena salud. Aun suspira algunas veces al acordarse de Mimi, pero las monerías de su hermanito la distraen; está fresco y sonrosado, tiende los brazos á su hermana en cuanto la distingue, y parece, por las caricias que la hace, que la da las gracias por haberle devuelto la vida.

EL TUFO DEL CARBON.

No toqueis al fuego, hijos míos. Por muy diestros que seáis, sois tan ligeros, tan propensos á cometer una imprudencia y ésta tiene á

veces tan funestas consecuencias, que, por vuestro propio interes, debeis tener cierto temor á enemigo tan peligroso. No es el incendio el único desastre á que da lugar; hay tambien otros accidentes muy graves, y la muerte, la muerte cruel, castiga con frecuencia al imprudente que no toma las precauciones necesarias. Ved la terrible desgracia que acaba de experimentar la pobre Matilde, que acaba de quedarse sin hijos; el pequeño Sebastian ha sido víctima de su desobediencia, y su hermana Enriqueta ha participado de la misma suerte, cuando apenas contaba dos años.

¿Ignorais cómo ha sucedido esta desgracia?

Yo os lo diré.

Matilde fué una tarde al pueblo próximo á llevar la ropa que habia planchado; iba de noche para no perder un solo instante de la claridad del dia, porque era una excelente madre de familia que conocia el valor del tiempo. Acostó á sus dos hijos, apagó la lámpara y se marchó muy tranquila creyéndolos dormidos; pero á su regreso, imaginaos cuál seria su sorpresa cuando creyó apereibir á lo lejos un débil resplandor en su casa. Apresuró el paso, corrió, abrió con

ansiedad la puerta.... ¡Ah, un tufo sofocante la hizo presentir su desgracia! Trató de abrir la puerta para dar entrada al aire, encendió la lámpara y se precipitó en la alcoba de su hija. Dió un grito y cayó sin conocimiento. Entre tanto los vecinos habian acudido, y el más deplorable espectáculo se ofrecia á su vista; la niña estaba muerta en su cuna; su hermano, que sin duda habia querido ir hácia la puerta de entrada para emprender la fuga, estaba echado sin movimiento en un rincon de la habitacion. Se le dió aire, pero no era ya tiempo; los socorros eran inútiles; la vida se habia extinguido. Se llevaron á la pobre Matilde, á la que costó mucho reanimar, y que no podrá jamas consolarse de semejante desgracia.

Por lo que se encontró en el cuarto fué fácil venir en conocimiento de la causa de este horrible accidente. Cuando Matilde partió, Sebastian, que no dormia, se habia levantado, á pesar de la prohibicion que se le habia hecho; las cerillas, que se encontraron en el suelo, probaban que se habia servido de ellas para encender la lámpara. El anafe, en donde Matilde habia calentado sus planchas, estaba cerca del lecho; le habia dejado

lleno de carbon y preparado para la mañana siguiente, un resto de carbon estaba encendido todavia; era pues cierto que Sebastian habia encendido fuego para divertirse sin duda, é ignorando el peligro que podia correr. El tufo del carbon habia corrompido el aire de la habitacion, pues todo estaba herméticamente cerrado, y los desgraciados niños habian muerto atufados al mismo tiempo que la lámpara se habia apagado.

Estos accidentes, causados por el tufo del carbon, son demasiado frecuentes por desgracia; es preciso decirlo, es preciso repetirlo sin cesar, las imprudencias son numerosas y la ignorancia casi general.

No es solamente el carbon lo que vicia el aire hasta el punto de hacerle poco á propósito para la respiracion y producir la muerte; una gran reunion de hombres en una sala poco espaciosa y cerrada es igualmente peligrosa. En semejantes casos se debe abrir la puerta y la ventana; pues no es esto un mero capricho, sino una necesidad, con lo cual se hace un servicio á todo el mundo. En toda habitacion cerrada, al cabo de algun tiempo se puede notar que las velas alumbran ménos, pues

su luz es muy lánguida, y cuantos estén dentro sienten mayor ó menor incomodidad. En este caso es necesario renovar el aire.

Las flores encerradas en una alcoba pueden ocasionar dolores de cabeza por la misma causa. Una provision de frutas en un cuarto bien cerrado puede producir el mismo efecto. Si las frutas están pasadas, fermentan y pueden causar la muerte; de esto hay muchos ejemplos. No es prudente entrar en los lagares sin haber renovado ántes el aire cuando la uva está en plena fermentacion.

Es tambien muy importante conocer los primeros socorros que se deben prestar á los asfixiados. El tiempo que se tarda en recurrir al médico es un tiempo tan precioso, que es necesario emplearle bien.

Generalmente se cree con demasiada facilidad que un hombre está muerto. Cuando se halla sin movimiento y tiene las extremidades frias, se cree que no hay recurso; y sin embargo, es posible, muchas veces, volverle á la vida; pero no hay que tardar en socorrerle. Mucho aire, mucho aire, hé aquí el primer remedio; es preciso frotar con fuerza su cuerpo para restablecer la circulacion; es preciso echarle aire en la boca, teniendo

cuidado de taparle las narices. Aprended todo esto de memoria, hijos míos, y decidse lo á vuestros padres. Temamos al tufo del carbon; temamos las habitaciones bien cerradas donde están reunidas muchas personas; no durmamos cerca de donde haya frutas; dejemos las flores en el jardín y en los campos, donde estarán mejor que cerca de nuestro lecho; no entremos en los lagares sin renovar ántes el aire; y si á pesar de estas precauciones nos ocurre algun accidente, demos aire al enfermo si está sin movimiento, echemos aire en sus pulmones y frotémosle fuertemente todo el cuerpo. El médico tendrá tiempo de llegar para acabar de volver la salud al enfermo.

TH. LEBRUN.

LOS CHARLATANES.

Los charlatanes son peligrosos, sobre todo porque sostienen con empeño los errores que constituyen toda su fuerza. No hay aldea que no tenga su hechicera; no hay pueblo que no tenga un curandero: las ciudades están pobladas de inventores de panaceas univer-

sales, de saca-muelas sin dolor, de charlatanes que pretenden componer los miembros dislocados, curar las torceduras, vendedores de antidotos ó contravenenos, que llevan en sus cajas salud y larga vida, y son numerosos los embaucados. Sin embargo, no faltan advertencias al pueblo para prevenirle contra la habilidad de esos embaucadores, cuya audacia y palabras deslumbradoras constituyen toda su ciencia. En todas partes se arranca la máscara á estos charlatanes; el sacerdote en el púlpito habla de ellos en sus sermones, en la escuela se les habla de esto á los niños, y tambien continuamente en nuestros libros de lectura, cuyo objeto es destruir algunas opiniones extraviadas.

Ved un grupo numeroso que rodea al jugador de manos; examinad esas fisonomías absortas de los paletos que esperan con ansiedad la palabra del prestidigitador. Va á pronosticar cuál será la suerte de la vendimia, si el granizo respetará la comarca y si cesará la epizootia. Parece que tiene en la bola que mueve entre los dedos los destinos de todos. Cuidará mucho de no anunciar ninguna desgracia, porque su objeto es agradar; sus ganancias dependen de esto. Está

seguro de todo cuanto pronostica, pues tiene ciencia infusa, ha conocido al Judio Errante y posee todos sus secretos. Es médico, cirujano, dentista, oculista, pedicuro; sabe proporcionar cabellos á los que no los tienen; impide que blanqueen y rejuvenece. ¿Estais enfermos? Corred, corred, las consultas son gratuitas; no cuesta nada recibir los consejos del amigo de la humanidad. Si teneis confianza en este hombre, comprad el maravilloso polvo, el polvo por excelencia, el polvo divino que cura todas las enfermedades y que se vende en pequeños paquetes por la bagatela de cuatro cuartos. Comprad, comprad, que no os hará daño, pues es sencillamente un poco de serrin tamizado. Comprad el agua sin igual que devuelve la vista á los ancianos, que cura las quemaduras y el dolor de muelas. Compradla, compradla sin temor, que es solamente el agua de una fuente. Pero los paquetes están cubiertos de papel dorado y el frasco que contiene el agua sin igual lleva el retrato del Judio Errante. A su habilidad, á su aire de seguridad, el Charlatan añade un traje raro, una barba espesa, testimonio de su ciencia; algunas veces lleva carruaje, séquito y música. ¿Cómo

es posible resistir á todo esto?

Es triste tenerlo que confesar; tal es la debilidad de nuestro espíritu que todo ese aparato nos gusta y nos seduce; la razon es demasiado sencilla para nosotros, la verdad completamente desnuda no nos atrae; es más aún, á veces la rechazamos, confundiéndola con el error. Un obrero se hace una herida, cae de un andamio, se rompe una pierna; el hábil médico que le cuida quiere prevenir la inflamación y el agua fria es magnífica para esto; pero es demasiado sencilla; esto no es un remedio; ¿cómo es posible que el agua fria pueda curar? El enfermo, su mujer, toda la familia, no conformándose con esto, despiden al médico y hacen llamar al pastor ó á la curandera, pues muchas veces sucede que el hombre instruido es de quien más se desconfia y el ignorante es escuchado. Un mozo de labranza tiene un accidente repentino, el médico quiere sangrarle y éste se opone; una sangría puede hacer sobrevenir una enfermedad, exclama; pero llega la curandera del pueblo: Imbécil, le dice, ¿no ves que van á sacarte la mala sangre? Y al momento el labrador deja de oponerse á la sangría.

Existe una clase de mujeres, á

veces muy peligrosa; éstas son las enfermeras: su misión es hermosa cuando se limitan á multiplicar sus cuidados, las atenciones, las palabras consoladoras; pero quieren hacerse los doctores, ganan la confianza de los enfermos, añaden ó suprimen algo á las prescripciones del médico, y si el enfermo sana es debido á su experiencia, pero si muere, el hombre instruido es exclusivamente el culpable.

Todos estos errores, queridos niños, todas estas ideas falsas proceden de nuestra ignorancia y de la necesidad que todos sentimos de vernos halagados en nuestros deseos. Tratemos de ilustrarnos y de este modo no serémos el juguete del primer impostor que se presente.

MÁXIMAS.

MORAL DE LOS CHINOS.

Al más valiente guerrero se le puede hacer esclavo; la libertad del pensamiento no se le puede quitar al más débil de los hombres.

Vale más una choza en donde reine la alegría, que un palacio donde reine la tristeza.

¿Haceis un sacrificio? Pues dejad conocer que para lo venidero aún os reservais otros; de esta manera estaréis bien seguro de reconocimiento.

Del calor de la sangre nace una valentía maquinal y desordenada, pero el verdadero valor es dirigido por la razón.

Reflexionar mucho y hablar poco, es el gran secreto para aprender.

Cuando tenga para lo supérfluo, dices, aliviaré á los demás. ¡Cuánto te compadezco! No los aliviarás nunca.

Si dudas de la justicia de una acción, abstente de ella.

Una vez escapada una palabra, ya no puede alcanzarla un caballo; cuidado, pues, con lo que se dice.

Ménos tiempo emplea un postillon en andar una legua, que un perezoso en abrir los ojos.

El trabajo es la salvaguardia de la inocencia de las mujeres; no las dejéis estar ociosas.

Es fácil adivinar lo que será una mujer en casa de su marido viendo lo que es en casa de sus padres.



LOS NIÑOS.

REVISTA DE EDUCACION Y RECREO,

DIRIGIDA POR

DON CÁRLOS FRONTAURA.

Se ha publicado el tomo ix, con muchas láminas; 24 rs. en Madrid, y 30 en provincias.—Los tomos anteriores al mismo precio.

MADRID, 1874.—Imprenta, estereotipia y galvanoplastia de Aribau y C.^a
(SUCESORES DE RIVADENEYRA).